

ELISENDA DOMÍNGUEZ

Ceniza y nada

MIENTRAS ESCUCHO su voz, trato de imaginar los gestos de su rostro. Sigo atenta los pies que se mueven rápidamente y chocan con las cosas. Por momentos sus muecas se materializan nítidamente en mis ojos cerrados en la oscuridad. Ceniza y nada. Todo hacia atrás. Él es un hombre moreno, alto, corpulento, así lo recuerdo. Ella lo espera como cada noche. Todos sus movimientos son nerviosos, entrecortados... suenan a la vez temerosos y excitados. Él llegará como siguiendo una rutina. Casi lo veo vestido de negro, igual que en su muerte.

Es un episodio repetido cada noche, a la misma hora. Escándalo mudo, temblor, color rojo. Ceniza y nada, ni ascuas. Pero, parece que hoy algo cambia, ella no ha abierto el cajón de la cocina, no ha puesto el reloj sobre la cama; tampoco ha abierto la ventana. Distingo que juega con un llavero entre los dedos... ¡Ya!, ishsss!, ahí viene él.

Adivino el miedo a partir de sus ruidos, de su respiración ahogada... tensa. Ininteligiblemente puedo discernir el espacio que determina la distancia entre uno y otro, sus pasos se encuentran, se detienen, casi lo veo entrar; ella gesticula violentamente, evoca el llanto, pero no llora, sólo gestos, sólo el patético movimiento de su cuerpo delgado, escucho el movimiento de la ropa que roza vertiginosamente su piel y sus huesos, cae, choca de bruces contra un ropero, sí, ahí viene... ¡Zas!, ahora contra la pared, ella sigue sin gritar, agita sus brazos, saca las uñas, parece rasguñarlo entre sonidos amortiguados de golpes no dados.

Ella no quiere que yo escuche, pero casi los veo realizar una extraña danza, ensayada, perfeccionada. Esta impresión aumenta la zozobra de saber que detrás de esta pared se inmola una mujer. Camina por la pieza, arrastra objetos que debían romperse, pero en su alucinación lo impide; su imaginación ha reconstruido mil veces el crimen dentro del mismo espacio, acaso hay variaciones, pero la intensidad se acentúa.

Quiere echarlo de su mirada, azota el vacío con sus puños, la mueca en su boca dice "maldito", pero no se oye nada. Mi miedo los percibe y acumula palabras llorosas; todas las noches ella me pide perdón aunque no sabe que la escucho, ella cree que no sé nada.

Adivino su rezo murmurado, sus sollozos secos, se persigna, va a la cocina, toma el cuchillo, lo empuña, corta el aire, ella le mira el rostro sangrante, sube en él: rojo sobre negro. Negro sobre frío. Rojo por lo blanco... y la luz sufre sus manchas... yin y yang, líquido y carne. Cae sobre él exhausta, la piel de sus brazos se eriza, casi siente el viento que huela la sangre imaginaria. Manos aterradas.

Su cansancio y la ira se funden en una sola masa incorpórea, ella la forma. Odio, dolor, alcohol, hartazgo del miedo. En el suelo yace, extenuada; no se perdona haber matado a mi padre. Ya ha pasado un mes y ella sigue tratando de justificar su ira. Fue defensa propia, pero en su mente algo falla.

Ha terminado el rito, y el fantasma, justo en su hora, se marcha oscilando en busca del punto de quietud que ya brilla en los ojos exorbitados de mi madre. Ceniza y nada. Nada. Hasta mañana... ¡Shsss! LC

